

Comentario

El hospital público y el paciente privado ¿son los mismos que antes, al final del milenio?

Dr. NORBERTO S. BARANCHUK*

ARCH ARG PEDIATR / 1998 / VOL. 96:

146

Las instituciones cambian como las personas, el lenguaje y los conceptos. Siempre ha sido así, pero actualmente mucho más rápido que ayer. Por ello necesitamos redefinir el hospital público y el paciente privado para comprender: ¿por qué no son lo que fueron y no serán lo que son? Esta nueva situación es un epifenómeno del cambio social entre *lo propio* y *lo ajeno*.

El hospital público, escuela de formación profesional, bandera del pensamiento igualitario, cuna de la residencia médica, se privatiza de a poco y por partes. Nadie lo quiere comprar entero. Hay muchos carenciados que golpean sus puertas. No es buen negocio.

La concesión de los servicios parciales (alimentación, lavandería, mantenimiento, seguridad, limpieza) es frecuente y de variada experiencia. La autogestión propone un modelo administrativo privado con los valores propios del mercado, como son la competencia cruel y la iniquidad social. El cobro de coseguros (bonos, contribuciones, etc.) se acrecienta aunque los usuarios ya hubieran pagado la atención con los impuestos. La venta de servicios a prepagas u obras sociales se realiza con reserva de sectores para uso de sus beneficia-

rios, siendo otra de las tantas formas de hibridación de lo público y lo privado.

El paciente privado era propio, como nosotros los médicos fuimos propiedad de los pacientes: "Mi médico", "El pediatra de mis hijos". Expresiones que son resabios de una relación médico-paciente que fue hermosa, pero que ya fue. Ahora compartimos los pacientes –¿puestos a nuestro cuidado?– con especialistas que ignoran la contrarreferencia; con servicios de urgencia que practican el "toco y me voy"; con terapias alternativas que miran el lado oscuro de la luna; con comunicadores mediáticos creadores de la hipocondría social que preside nuestros días.

El prestador pediátrico se debate entre lo público y lo privado, cuando en realidad el conflicto se ubica entre lo propio y lo ajeno. Si se quién soy, cuál es mi grupo, mi territorio y mi proyecto personal; puedo reconocer *lo propio* –para valorarlo–, y *lo ajeno* –para seleccionar lo bueno y evitar que me invada indiscriminadamente y me subsuma en lo otro, en lo que no quiero ser, ni hacer.

¿Podríamos pensar en una sociedad que tenga un poco de cada opción? Lo mejor de cada una. ■